

ción clerical, y autor por lo tanto de lo que yo haya podido realizar en bien de la juventud estudiosa y en provecho de las almas.

¡ Señores, padres y hermanos, compatriotas y correligionarios, amigos y discípulos de la capital y los departamentos, de dentro y fuera de Colombia ! Rudo, débil y pobre, no puedo satisfacer la obligación inmensa de gratitud que he contraído con vosotros, pero encomiendo al Señor, de quien soy indigno ministro, que os pague, en lugar mío, esa deuda de justicia. ¡ Dios os premie ! ¡ Dios os bendiga !

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, octubre de 1915.

DISCURSO

en honor de Santa Teresa de Jesús

PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA COLOMBIANA, EL DÍA 14 DE OCTUBRE
DE 1915

Recuerdo que cuando era niño, veía yo en casa de mis abuelos, un cuadro de poco mérito artístico, pero muy devoto, que representaba a una monja, revestida con el hábito de la orden carmelitana, y en un ángulo del lienzo lucían la borla y el bonete doctorales. Una inscripción puesta al pie indicaba que aquella figura representaba a la santa doctora Santa Teresa de Jesús. Asombrábame, en mi insipiente, de que una mujer, entregada a prácticas piadosas, hubiera podido merecer un título que en la Iglesia católica sólo ostentan unos pocos gigantes de la ciencia y de la santidad, y con este motivo, se grabó en mi mente infantil, de manera indeleble, la imagen de la mística autora de *Las Moradas*.

Años después, y siendo ya hombre, recorría, con paso reverente, la colosal basílica de San Pedro, en Roma; y en el coro de los grandes fundadores, cuyas efigies marmóreas adornan el recinto, como rindiendo pleito homenaje al Apóstol que allí reina y reinará, por medio de sus sucesores, en el mundo entero, hasta la consumación de los siglos, vi la figura de aquella misma monja, que se levantaba majestuosa, con la augusta serenidad del triunfo. Y en otro templo de la Ciudad Eterna, en la iglesia de la Victoria, contemplé con admiración el célebre grupo de Bernini, donde la Santa, herida por un querubín con inflamada saeta, desmaya en éxtasis de amor divino, y parece que el frágil vaso material va a romperse y a dejar escapar el espíritu, como nube de aroma que se derrama en el ambiente y asciende a lo infinito.

Y al propio tiempo que admiraba estos testimonios de glorificación, hallaba en los libros el homenaje rendido a la Santa por grandes espíritus; desde su contemporáneo fray Luis de León, el cual declaraba que en su opinión "hablaba el Espíritu Santo en ella y le regía la pluma y la mano" y "que su lenguaje es la misma elegancia"; desde Bossuet, quien, al comenzar el panegírico de la Santa, proclama que "siendo criatura compuesta de materia, se dedicó tanto a Dios como esas puras inteligencias que brillan siempre delante de EL por la luz de una caridad eterna y cantan perpetuamente sus alabanzas": hasta contemporáneos nuestros, como el inglés Fitz-Maurice Kelly, que la considera "milagro de genio"; "la mujer quizá más grande de cuantas han manejado la pluma"; o como el sutil novelista francés Huysmans, para quien es "geógrafo de las regiones desconocidas del alma," y al propio tiempo "el Colbert femenino de los claustros." Y no puede olvidarse que el libro quizá más importante que en los últimos tiempos se le ha dedicado, salió de la pluma de una sabia escritora inglesa, desligada de todo credo religioso, pero tan amante del genio y de la virtud de la Santa, que siguió

sus huellas por toda España a modo de peregrina, y contó su vida con tanta admiración como respeto (1).

¿Cómo puede explicarse prestigio tan duradero y esa simpatía, perpetuada al través de los siglos, entre gentes de otra raza y de distintas creencias, por una santa española, del tiempo de la Inquisición? Es que toda gran personalidad infunde admiración o cuando menos, impone acatamiento, y pocas veces un alma más excepcional se ha revelado toda entera en una obra literaria de primer orden. En esa época en que los españoles regresaban a la península cargados con los despojos de sus lejanos descubrimientos y se aventuraban por las desconocidas regiones del mar tenebroso, Santa Teresa exploraba mundos más misteriosos, donde brisas celestes levantan el espíritu y lo conducen hasta el santuario de la Verdad Suprema. De allí volvía con el cuerpo descoyuntado, pero con la faz llena de resplandor; y apenas recobrada del éxtasis beatífico, quería hacer partícipes a sus religiosas de las conquistas realizadas en el reino de Dios, y tomaba la pluma, temblorosa todavía por el brusco y doloroso descenso del cielo a la tierra, pero diestra siempre y hábil para expresar el habla del Esposo divino y para describir escenas de la gloria en estilo tan gráfico e imaginativo como el empleado por los novelistas de entonces para narrar las andanzas de la vida picaresca.

¡Poesía y verdad! Esta fórmula, debido al genio reflexivo de Goethe, es la misma que vemos realizada en los escritos de Santa Teresa: poesía del cielo y verdad humana; reflejos de la gloria y oscuridades de la vida penitente; visiones beatíficas y sutil y paciente análisis psicológico. Nos sorprende en sus libros la mezcla de lo más sencillo de la existencia diaria y de lo más elevado de la teología mística; la ráfaga de luz que de súbito ilumina los más humildes menesteres del con-

(1) Gabriela Cunninghame Graham: *Santa Teresa. Her life and times*—London, 1907.

vento. Y surge espontánea la comparación entre el arte instintivo de Santa Teresa y el reflexivo y espléndido de los magnos pintores españoles. Murillo era un artista digno de la Santa; y el célebre lienzo llamado *La cocina de los ángeles*, podría servir de ilustración a escenas de la Vida o del libro de las *Fundaciones*: uno y otro logran hacer real lo ideal con arte tan exquisito, que no nos sorprende ver a los ángeles ostentando en sus manos, como adorno no indigno, los humildes búcaros de la mesa del convento. Y cuando Santa Teresa traza el retrato de San Pedro de Alcántara, y nos hace ver al santo penitente con tan extrema flaqueza, "que no parecía sino hecho de raíces de árboles," recordamos en el acto esas ascéticas figuras que pintó Zurbarán, pálidas y demacradas por el ayuno, pero radiantes de fuego interior, que hace brillar los ojos entre sus hondos cuencos, como lámparas pendientes en los arcos de una nave envuelta en las sombras de la noche.

El tránsito fácil y constante, de lo sublime a lo familiar; ese flujo y reflujo entre el cielo y la tierra, constituyen uno de los rasgos más característicos de las obras de Santa Teresa. Leyéndolas, vamos a veces por camino trillado y llano y nos distrae el giro sinuoso de la crónica; de pronto nos sorprende un lampo de luz; es que la mística medita sobre las verdades supremas; y ha hallado forma concreta para expresar altos conceptos. Y así dice: "Estando una vez en oración, se me representó muy en breve, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, y que todo lo que hacemos se ve en ese diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza." De estas alturas ontológicas desciende fácilmente la Santa a la reprensión festiva y al consejo práctico, como cuando quiere reprimir en sus monjas el celo indiscreto en materia de rigores, y se burla de las que "no guardan algunas cosas muy vagas de la Regla, como el

silencio, que no nos ha de hacer mal, y dejamos de ir al coro, que tan poco nos mata, un día porque nos dolió la cabeza, y otro porque nos ha dolido y otros tres porque no nos duela; y queremos inventar penitencias!" Vuelve el movimiento ascensional; y entramos en la región celeste cuando la Santa nos dice: "Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. ... Veíale en las manos un dardo de oro largo y al fin del hierro, me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el coñazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarlo me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios." Pero no creáis que ese corazón transverberado va a sentir el orgullo del endiosamiento: ella misma se encarga de explicar con humildad estos favores celestes. "Para mujercitas como yo—dice,—flaca y con poca fortaleza, me parece a mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos, porque pueda sufrir algunos trabajos que ha querido Su Majestad tenga; no así para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y de entendimiento." Ella, maestra en la vida interior, pone en guardia a las religiosas contra los peligros que trae el enflaquecimiento de ánimo producido por ayunos y viglias. "Son flacas de complexión—escribe—en teniendo algún regalo, sujétales el natural y como sienten contento alguno interior y caimiento en lo exterior, déjanse embebecer; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arroamiento y llámolo yo abobamiento, que no es otra cosa de estar perdiendo tiempo allí y gastando su salud." Y en otro lugar formula la siguiente sentencia, en que se encierra una excelente regla de higiene devota, que practicada por los fieles, aliviaría mucho el trabajo de los directo-

res de almas y ministros del altar: "En todo, es menester discreción. De la devoción a bobas, librenos Dios."

Hoy, cuando el feminismo es cuestión candente y en ciertos países europeos ha llegado a tomar el carácter de problema de orden público; hoy, cuando hay mujeres, en pueblos de altísima civilización, que, a cambio de obtener aparatosa representación política, se esfuerzan por borrar de sus almas y hasta de sus cuerpos el sello indestructible de la feminidad, que es todo delicadeza, distinción y dulzura, conviene recordar cómo en una edad que esas mismas personas juzgan bárbara, hubo una mujer, y lo que es más, una monja, que sin salirse de su esfera, sin pretender competir con los hombres, sin creerse dotada de talento literario, llevó al cabo una grande obra de transformación religiosa y moral, ejerció influjo benéfico sobre algunos de los más insignes personajes de su época, cautivó con su estilo y con su pensamiento la mente soberana de Luis de León; fue consejera del seráfico San Juan de la Cruz; correspondió familiarmente con Felipe II, y dejó libros, que se reproducen todavía y se trasladan a idiomas extraños; y es tema para obras fundamentales en países de filosofía positiva y de cultura eminentemente práctica. Si Santa Teresa hubiera obtenido un sitio en las Cortes de Castilla, como desean tenerlo ahora las sufragistas en el Parlamento británico, no habría ejercido una mínima parte de la influencia que tuvo en vida y que aún conserva, no habría sido colocada en los altares ni estaríamos hoy celebrando su glorioso centenario.

No son los escritos de Santa Teresa lectura fácil para toda clase de personas; ni puede emprenderse el estudio de la *Vida* o de *Las Moradas* sin cierta preparación religiosa y literaria, que facilite y haga fructuoso el trabajo. Manjar es este demasiado fuerte y sustancial para paladares habituados a la insípida dulzura de ciertos libros que sirven de pasto a la devoción elegante de nuestros días. Esa mujer, hábil en expresar con-

ceptos del amor divino, no se complace en halagar a las almas con lánguidos idilios, ni en adormecerlas con el filtro de una fácil piedad. Su vida fue un combate; y la relación de las crueles pruebas a que se vio sometida, nos llena de admiración, pero también nos demuestra que no se llega a las alturas hasta donde ella alcanzó, por camino de rosas, sino por áspero sendero de espinas. Su existencia sobrenatural se desarrolla en región inaccesible al común de los mortales; y si pretendemos penetrar tímidamente en ella, sentimos el vértigo que produce el asomarse a abismosas profundidades. El estilo de la Santa, el más espontáneo y personal de toda la edad de oro, es, por su misma ingenuidad y llaneza, por su falta absoluta de artificio literario, por su carácter popular, por las genialidades en que abunda, más difícil de gustar debidamente que el de otros escritores de su tiempo, atentos a realizar en sus libros la belleza clásica. Podríamos considerarnos muy aventajados en cultura religiosa y en el conocimiento del idioma castellano, si las obras de Santa Teresa fueran hoy lectura popular, como en el siglo diez y siete; pero en aquella edad, en que los *Autos sacramentales* se representaban en la plaza pública y la muchedumbre entendía su profunda significación teológica, era natural que las mujeres de Castilla, mientras hilaban en la rueca, se deleitasen oyendo leer la exposición que hace la Santa de los grados de oración, y se encantaran al escuchar tan sublimes conceptos expresados en el mismo lenguaje familiar que ellas usaban para contar sus crónicas de aldea. Lenguaje, por cierto, muy distinto del pobre y envilecido que hoy se emplea, y que ha sustituido los antiguos donaires por expresiones mendigadas a extraños idiomas y pretende reemplazar la pérdida que ha hecho en términos expresivos de una rica vida espiritual con el vocabulario, útil sí, pero bárbaro, de los negocios, del deporte y de la moda.

Pero quien se acerca a Santa Teresa con la debida preparación, halla en ella un fenómeno tal vez único

en la historia literaria. Sus obras no pueden juzgarse como otras grandes producciones ascéticas, como *La guía de pecadores* o *La conquista del reino de Dios*, que tienen un carácter eminentemente objetivo y se aprecian en todo su valor, aun haciendo abstracción de la personalidad de sus autores. En Santa Teresa no es posible separar la vida de los escritos, y éstos son tanto más extraordinarios, cuanto más fielmente expresan la fisonomía de la autora. En sus obras se encuentra todo un mundo espiritual, que ella anima y vivifica con las emanaciones de su alma; en que ella se mueve y reina como señora; y donde el profano no puede penetrar, teniendo que limitarse a poner el oído a las admirables revelaciones que nos hace de cosas que apenas hallan manera de expresarse en el idioma de los hombres. Expone un sistema místico completo, fruto de su personal experiencia. Siendo el más subjetivo de los clásicos españoles, como que todas sus exploraciones místicas tienden a llegar al centro del alma, donde, según ella, está Dios, son sus obras dechado de buen sentido, ejemplares de talento práctico y rebosan de un espíritu de caridad que las coloca en el polo opuesto de la literatura egoísta y solitaria, de alcance social infecundo, cuando no pernicioso, que produjo el individualismo romántico. Cada frase de Santa Teresa es reveladora de su psicología y lleva el sello de su carácter, a un tiempo ingenuo y práctico, grave y festivo. En ella se unieron en estrecho abrazo Marta y María.

Todo grande escritor tiene una retórica no aprendida en las escuelas, sino derivada de su compleción intelectual; tiene un arte literario, que influye en la concepción de las obras, y en su traza y disposición. Santa Teresa es un caso, tal vez único en nuestra literatura, tan inclinada a la pompa y al artificio, de un autor clásico cuyo arte consiste en la falta absoluta de toda preocupación literaria. ¿Quién, por sincero que sea, no ha rendido el tributo de una frase siquiera en aras de la retórica? Pues Santa Teresa sacrifica la retórica toda

entera en aras de la sinceridad. En vez de los elegantes adornos de la prosa erudita de entonces, emplea palabras y comparaciones de carácter eminentemente popular; y sin buscar efectos, los obtiene y muy grandes, cuando su viva imaginación le permite dar representación sensible a misterios inefables. Al leer sus libros, experimentamos la impresión de que oímos la voz de la santa maestra, pues ¡ella escribe como habla; y podemos forjarnos la ilusión de que asistimos a una conversación íntima, en una vieja ciudad de Castilla, a la hora en que la santa reúne a sus monjas para precaverlas contra las ilusiones del demonio y para enseñarles la regla de la vida interior. De aquí la riqueza y la libertad de su sintaxis, que está pidiendo un estudio como el que el sabio Cejador consagró a la lengua de Cervantes; de aquí descuidos y negligencias que son testimonio auténtico del carácter espontáneo de su literatura, pues quien habla, no excusa las repeticiones, paréntesis y digresiones que revelan la nativa viveza del pensamiento, mariposa que vaga de flor en flor, abiertas las alas al sol de la verdad.

Nació Santa Teresa en el siglo más grande de la historia de España, cuando culminaron todas las energías de la raza y en todos los campos de la actividad humana, hubo admirable cosecha de genios; y coexistieron el brillo de las armas y de los descubrimientos y el esplendor de las letras y las artes. Brisas del Renacimiento italiano oreaban los austeros campos de Castilla. Résonaron, con música nunca antes oída, las liras de Garcilaso, Herrera y León; y la elocuencia de Cicerón halló quien sorprendiera los secretos de su rotundidad y elegancia. Y el castellano, libre de la herrumbre medioeval y de las ligaduras de la pedantesca imitación latinista, se dilató como río que rompe sus riberas, con la pompa, riqueza y majestad que corresponden a una lengua destinada a ser uno de los grandes órganos de expresión del pensamiento humano, y a dar la vuelta a la redondez del mundo, llevando a América, Asia,

Africa y Oceanía el saludo triunfal de una de las más altivas, enérgicas y nobles razas que han pisado el planeta.

En esa edad hubo dos personajes que supieron conservar lo más puro y vigoroso del alma de la Edad Media para templar lo que hubo de excesivo en el Renacimiento italiano: son San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. Hay entre estos dos seres extraordinarios no pocas analogías. Contemplativos como los antiguos monjes, sabían combinar los éxtasis divinos y las revelaciones supremas con el conocimiento práctico del mundo y de las necesidades de su época; y sacaban de sus raptos y comunicaciones con Dios, fuerzas para luchar con los hombres. Nacidos para mandar, fueron organizadores de primer orden. Se formaron en el ambiente de la literatura caballeresca; y estas primeras impresiones, no se borraron nunca de su memoria. El orgulloso capitán, que, herido en el castillo de Pamplona, solicita, para distraer sus ocios y aliviar sus dolores, un libro de caballerías, es el mismo que consagrado ya a la conquista del reino celestial, pasa una noche entera, como auténtico caballero andante, en la tradicional velada de las armas, en presencia de la efigie de la Virgen de Montserrat. Y la mujer genial que en su infancia se apacentaba con la lectura de novelas caballerescas, y arrastrada por el atractivo de las lejanas aventuras, se escapaba de la casa paterna, en compañía de su hermano, para ir en busca del martirio en tierras de moros, es la misma que en su edad madura se sienta a trazar para sus monjas las reglas de la vida interior y escoge como símbolo de su mística exposición, no el huerto florido del Cantar de los Cantares, sino el castillo roquero, a cuyo centro no se llega sino después de ganar a viva fuerza cada una de sus interiores moradas. Ambos, en su peculiar esfera de acción, organizaron la resistencia contra el paganismo renaciente y contra la reforma protestante, y colaboraron en la grande obra de restituir a la vida religiosa su prístina pure-

za. El capitán de Loyola dejó en el tratado de los *Ejercicios* el ejemplar más alto de dirección ascética; y la monja de Avila, en el libro de su *Vida*, señaló el límite más encumbrado a donde puede llegar el alma en su vuelo ascendente hacia la unión con Dios: libros admirables, pero que no pertenecen al Renacimiento.

Y ese espíritu aguerrido, que sirvió a Santa Teresa para hacer frente a bajas y diabólicas intrigas y para no temer a la denuncia que del libro de su *Vida* se hizo a la Inquisición; esa energía, que le permitió vencer su flaqueza corporal y las tenaces dolencias que no la abandonaron un solo día; y le dio alientos para hacer largos viajes por los ásperos caminos de entonces y para llevar a cabo diecisiete fundaciones, no le quitaron nada de la delicadeza femenina ni esa caridad que se derramaba sobre todas las criaturas. Santa Teresa se nos presenta, en toda ocasión, como una verdadera madre, cuya compasión se extiende hasta las almas contaminadas por la herejía. En aquella época de pasiones desencadenadas, en que las luchas religiosas llegaron a su mayor grado de intensidad, Santa Teresa no pide castigos para los extraviados, sino que ofrece a Dios sus propias penitencias y las de sus religiosas, en expiación de las ajenas culpas (1). El libre pensador Paul Roussetot, refiriéndose especialmente a nuestra Santa, declara que el misticismo español tuvo lo que más faltó en el siglo diez y seis, es decir, la compasión. ¡Ah! qué hubiera sido de Europa, si en esa edad de esplendor artístico y de espantosa crueldad, en que la fiera humana, adestrada por Maquiavelo, asombró al mundo bajo la forma seductora de César Borgia, no hubiera brotado de lo más íntimo y escondido del corazón de la Igle-

(1) "Grandísima pena me da las muchas almas que se condenan de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo hijos de la Iglesia... Me parece cierto a mí que por librar una sola de tan grandísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes de muy buena gana." *Vida*, XXXII.

sia, una fuente de caridad y amor, capaz de ablandar las almas endurecidas por el odio y de despertar el sentimiento de la hermandad humana? Pero cada vez que la civilización se ha visto envuelta en una de esas inmensas crisis de destrucción, ha caído sobre el mar enrojecido una gota más, desprendida de lo alto del Calvario, y a su influjo divino, las oleadas de sangre enemiga se han dado el beso fraterno, y un soplo de amor ha estremecido el mundo y el iris de esperanza ha vuelto a consolar al hombre, como en los lejanos días en que el patriarca, muchas veces secular, abrió las puertas del Arca, bullentes aún las aguas del diluvio.

Estas solemnidades de Santa Teresa, se deben aquí a la iniciativa del Padre José María Campoamor, digno jesuita y verdadero teresiano, el cual ha puesto bajo la protección de la Santa la colonia agrícola femenina, que hace parte de su vasta empresa de acción social. El merece contarse entre los que nuestra escritora llamaba "los benditos hombres de la Compañía"; entre los que vio en una visión llevando banderas blancas en las manos, porque fiel al consejo de la maestra "obras quiere el Señor," se ocupa en hacer el bien, dulce y calladamente, siendo entre nosotros un poderoso elemento de transformación social. Por su empeño rendimos este tributo a la mujer singular, Keplero del firmamento místico, ¡y cuyo corazón, atravesado con saeta de amor, deja ver, al través de su herida, cielos más vastos que los que descubre el telescopio del astrónomo; a la religiosa que en cada uno de los pliegues de su raído manto supo abrigar toda la gala, bizarría y gentileza del genio castellano; a la mujer que, dentro de su peculiar esfera, demostró, como dice un escritor extranjero, que poseía, sin saberlo, ni pretenderlo, las dotes de un hombre de Estado.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO